

UNA RIVALIDAD MAL ENTENDIDA

Nikita S. Jruschef, primer ministro de la Unión Soviética, ha sido recibido en la República Árabe Unida (R. A. U.), que sigue siendo el nombre oficial de Egipto aun después de la disolución de la unión con Siria, con todos los honores, halagos y distinciones posibles, con los más altos distintivos y condecoraciones nacionales, como el Collar de la Orden del Nilo. La primera vez que el jefe del Gobierno soviético, de la primer potencia comunista del mundo, llegó a Egipto—y que puso también el pie en tierra africana—ha sido aprovechada para hacerle objeto de tantos halagos y aclamaciones, de tales actos de homenaje y demostraciones de admiración y amistad, que no resulta nada fácil encontrar para todo ello adecuados precedentes históricos. Habría de pensarse en el recibimiento que se tributó en París a Woodrow Wilson, a la terminación de la primera guerra mundial, o en el que se habría tributado, sin duda alguna, a Franklin D. Roosevelt, de haber hecho a Europa, a la terminación de la segunda guerra mundial, el viaje en que seguramente se pensaba cuando le sobrevino la muerte.

Sólo en circunstancias muy especiales son posibles acontecimientos de esa naturaleza. Y, con frecuencia, son unas circunstancias que hace posible llegar a conclusiones como la que ve en una visita como ésta de Jruschef una expresión más de la dura y siempre creciente rivalidad entre comunistas chinos y rusos, quizá por el solo hecho de haber estado por Africa hace unos meses nada más el primer ministro del Gobierno de Pekín, Chou En-lai, de quien se dice, es más, que está preparando una segunda edición del recorrido que muy difícilmente pudiera considerarse como una empresa coronada por el éxito.

La rivalidad chinosoviética es uno de los grandes hechos históricos de esta época. Que está llamado a tener una importancia—y una significación—creciente. Pero por esta parte del mundo—el Oriente Medio—que ha adquirido una mayor y renovada actualidad con ese viaje que bien merece ser conside-

rado como un acontecimiento sensacional, hay otras cosas que tienen mucha mayor urgencia. Al menos por ahora.

Hay dos grandes cuestiones dominantes: el crecimiento, constante, aun cuando sus manifestaciones pudieran en algún momento indicar otra cosa, del nacionalismo árabe, un fenómeno que es, paradójicamente, más antioccidental por ser tan grande su deuda, intelectual no menos que histórica, con el Occidente; la decadencia, también constante y creciente, de los intereses y la influencia occidentales por toda la región.

Unos días antes, nada más, de la visita de Jruschef a Egipto, se produjo la visita, también la primera, del presidente de la R. A. U., Abdel Gamal Nasser, al Yemen, donde una tercera parte, aproximadamente, del Ejército de su nación, se encuentra sosteniendo un régimen revolucionario que tropieza con dificultades muy serias para continuar en el Poder y más todavía para afianzarse en él.

El juramento de Nasser.

Fué Nasser a Sanaa a explicar una situación con brutal claridad. El estadista, que fué presentado por el mariscal Abdullah Sallal, presidente del régimen republicano yemenita, como «el protector del Yemen», anunció allí:

«Juramos aquí ante Dios que no descansaremos hasta haber redimido Palestina al devolverla a la nación árabe.» Pero, en cierto modo, hasta esto se podría considerar como una cuestión secundaria, de menor importancia. Porque, ¿de quién era la culpa, en definitiva, de que Israel llegase a ser una nación que se había incrustado en el mundo árabe? De Inglaterra, por supuesto. A pesar de lo que Israel representa para el mundo árabe, especialmente ahora que ha empezado a sacarse, del Mar de Galilea, agua del Jordán para el riego del desierto del Negev, hecho que se había asegurado llevaría fatalmente a la guerra entre árabes y judíos en el caso de producirse; a pesar, es más, de intensas, apasionadas, incalculablemente costosas tareas para la producción de materiales fisiónables y de los rumores un tanto alarmistas de que ya por este lado se cuenta con algo capaz de desembocar en una catástrofe, la verdadera gravedad de la situación por el Oriente Medio, actualizada y agudizada por la visita de Nasser al Yemen y de Jruschef a la R. A. U., está en lo que se dice ser el propósito decidido de arrojar a los ingleses de toda esa región.

«Actuábamos en serio—proclamó Nasser en el Yemen—cuando decidimos

en favor de la libertad por la cual hemos derramado sangre y sacrificado almas. Contestaremos a la agresión con la fuerza y no dejaremos al imperialismo quedarse en parte alguna de la Arabia. Inglaterra, que contempla vuestra revolución (la yemenita) con odio y disgusto, tiene que hacer las maletas y abandonar Adén y el Sur.»

El «Sur», que se ha descrito por Nasser como «ocupado», es la Federación Surarábica, una serie de sultanatos y protectorados, 14 en total, que el Yemen—el Yemen revolucionario sobre todo—considera «tierra irredenta» y que para Inglaterra es la garantía necesaria, indispensable, ni más ni menos, de que Adén, base militar, naval y aérea y uno de los puertos de mayor tráfico, además del emplazamiento de una inmensa refinería de petróleo, ha de estar a cubierto de incursiones y ataques y, más aún, del contacto directo con una población hostil por fuera, llena de dudas, resentimientos y deslealtades por dentro. Siempre que una posición que se encuentra emplazada en un ambiente poco acogedor se piensa en que no hay manera mejor de garantizar su seguridad y conservación que ir alejando de ella la frontera todo lo posible. No es otra, fundamentalmente, la misión confiada a esa Federación Surarábica.

Se defiende a la Colonia de Adén de esta manera. Así, podrá Adén llenar su misión imperial, una de las pocas misiones de esta clase que aún conserva la Gran Bretaña.

El petróleo, la sangre de los árabes.

Inglaterra necesita Adén, la última posición de carácter militar que le queda por el Oriente Medio, si se excluye lo muy poco y de reducida significación que le queda en Chipre y, estirando ya demasiado las cosas, los residuos con que aún cuenta por Libia, por tenerse el convencimiento de que es necesaria alguna forma de presencia física del poder para garantizar la permanencia y el aprovechamiento de la participación británica en los inmensos yacimientos petrolíferos de la región. Cuando, hace unos pocos años, el Iraq, entonces bajo la dirección del general Kassem, otro dirigente nacionalista árabe que aspiró a ser el gran rival de Nasser, intentó absorber a Kuwait, al fin declarada nación independiente, ¿no fué de Adén de donde salió la primera fuerza que puso bien claramente de manifiesto la decisión de Inglaterra de garantizar la independencia y soberanía del pequeño Estado a la cabecera casi de la costa del Golfo Pérsico? Entonces se vió la importan-

cia práctica de Adén, hacia donde se había trasladado una buena parte de la potencia militar concentrada hasta poco antes de la crisis de Suez, en el otoño de 1956, a la orilla del canal que formaba parte muy principal de la vital línea de la vida de Inglaterra, que salía de Londres y terminaba en algún puerto de la India, por lo menos.

Adén era, sin embargo, mucho más que una garantía y una advertencia que se hacía a quienes pudiesen acariciar designios capaces de ejercer una influencia adversa sobre los intereses británicos en la región. Era también una manera elocuente y espontánea de mostrar la decisión de Inglaterra de ayudar, apoyar y sostener a los sultanes, emires y jeques de la región con los cuales mantenía lazos de amistad y compromisos formales y cuyo radio de acción se extendía—se extiende aún—mucho más allá de los mal definidos límites de la Federación Surarábica, para doblar Ras el Habb y continuar hasta Omán y mucho más lejos, bordeando la costa del Golfo Pérsico, por donde en un tiempo abundaban los pescadores de perlas y los contrabandistas y donde ahora abundan, principalmente, los buscadores de petróleo. Todos esos príncipes, religiosos y políticos, ¿qué harían, sin la presencia de Inglaterra en Adén, en una parte del mundo donde las inmensas, casi inagotables reservas de petróleo, han despertado codicias y pasiones tan ardientes y multitudinarias como las arenas de un desierto calcinado por un sol tropical?

Esa presencia británica en Adén se considera tan necesaria que las amenazas de Nasser han tenido una respuesta inmediata con el envío de refuerzos militares, de tropas paracaidistas especialmente entrenadas y la visita del ministro de Colonias. La actitud del «rais» no dejaba, al parecer, sitio para otra cosa. Había hablado de «Inglaterra, la intrusa», que se encontraba «chupando la sangre de los árabes: 500 millones de libras en ganancias procedentes del petróleo árabe». No en valde se hablaba del petróleo como de algo que, si bien se miraba, era sinónimo de sangre, de la sangre de todo un pueblo sobre el cual se estaba cebando, sin cesar, sin descanso, una banda de vampiros.

«Hoy—afirmó Nasser—, Inglaterra está luchando en el Yemen... Se ha probado, sin que quede el más remoto asomo de duda, que es responsable de todos los incidentes a que tenemos que hacer frente en el Yemen.» Incidentes que con frecuencia pasaban, para quienes están a mucha distancia del Yemen, desaparecidos la gran mayoría de las veces. No siempre, sin embargo, como se encargó de demostrar el recurso a las Naciones sobre el bombardeo de un fuerte yemenita, el de Harib, por aviones británicos, con algunas des-

trucciones materiales y, según acusaciones yemenitas, 25 muertos, entre ellos «mujeres y niños». Un incidente que sirvió para poner de manifiesto una situación francamente extraña. En primer lugar y en forma llamativamente conspicua, por la decisión de los Estados Unidos de abstenerse en la votación, hecho acaso más importante que la decisión de Francia de coincidir con los que reclamaban una votación condenatoria de lo que había hecho Inglaterra. Porque la decisión de los Estados Unidos de no votar con su aliada y amiga la Gran Bretaña parecía confirmar lo que estaba de manifiesto, en realidad, desde hacía largo tiempo, desde la crisis de Suez por lo menos: que los Estados Unidos desaprueban, en general, el recurso a la fuerza hecho por Inglaterra aun en el caso de tratarse de la defensa de unos intereses que no se diferencian fundamentalmente de los intereses nortamericanos por la región. Es más, como Inglaterra y los Estados Unidos son ya, en realidad, las únicas potencias con grandes intereses por el Oriente Medio—los hay de otras potencias, como Francia y Holanda, pero en cantidades mucho menores y de tal naturaleza que apenas se podría pensar en que pudiesen durar un día más después de haber desaparecido, cuando lo hagan, los intereses de Inglaterra y los Estados Unidos—, ¿no se podría—debería—esperar una acción concertada?

Peor que indiferencia.

En este caso, que se produjo cuando ya todo estaba preparado para la visita de Jruschef a Egipto, para presidir, al lado de Nasser, las grandes ceremonias con que se celebró la terminación de la primera fase de la construcción de la gran presa de Assuán, los Estados Unidos se abstuvieron de toda actitud que pudiese interpretarse como la expresión de solidaridad con Inglaterra. No llegaron los Estados Unidos a extremos como el que llevó a Francia a votar en contra de su aliada en la O. T. A. N. y, unos cuantos años atrás, en la sensacional, sobre todo por lo malograda, aventura de la zona del Canal de Suez. Ayer amigas y colaboradoras para recibir, conjuntamente, una seria reprimenda de los Estados Unidos, coincidentes en esta ocasión con la Unión Soviética, que se encontraba prestando ya ayuda militar al Oriente Medio, a Siria y Egipto sobre todo, en tan vasta escala que, de pronto, se produjo una sensación de franco desnivel en la situación que se había venido manteniendo desde la creación del Estado de Israel.

Para los Estados Unidos parecía no representar peligro alguno esa entra-

da en tromba de la influencia soviética en el Oriente Medio. Más grave, sin duda, era para sus poderosos intereses petroleros la necesidad de repartir la explotación de concesiones con las representaciones de potencias hasta entonces consideradas como amigas y, es más, como aliadas y asociadas también. En realidad, siempre había sido así. De ello ha quedado buena constancia en el número especial (núms. 62-63) de esta Revista dedicado al Oriente Medio.

Lo que podía en apariencia, considerarse como una actitud que, por lo menos, era de indiferencia ante la suerte de los intereses de una nación aliada y amiga, era en realidad el deseo de ir reduciendo, de llegar a la eliminación, a ser posible, de una competencia sumamente perjudicial. De esa manera ha sido posible llegar a una situación como la de ahora, sobre el Yemen, sobre la base de Adén y, en definitiva, sobre la posición británica en todo el Oriente Medio.

Los Estados Unidos reconocieron el régimen revolucionario, pero Inglaterra continúa, desde el otoño de 1962, con la espalda vuelta a lo que se considera la realidad de la vida en la región más rica en petróleo del mundo. Desde Sanaa y desde El Cairo se insiste en considerar a Inglaterra como el peor enemigo del nacionalismo árabe. Quizá Inglaterra esté convencida de que la mayor amenaza—la única amenaza, en realidad—para sus intereses en el Oriente Medio es el nacionalismo árabe. De ser así, no podría haber peor enemigo que Nasser, el gobernante que acusa a Inglaterra de tomar parte activa en la guerra civil del Yemen, de crear una situación de extremada tirantez, a menudo de lucha también, por la parte más meridional de la Península de la Arabia, que el Yemen consideran como territorio de su propia soberanía. «Nosotros decimos—declaró Nasser—que los ingleses tienen que retirarse de Adén y del Yemen meridional ocupado.»

La tensión es mucha y con tendencia a ir en aumento. Por ello. Inglaterra se apresuró a responder al llamamiento de algunos jeques de la Federación de la Arabia del Sur, el de Beihan en particular, con un refuerzo inmediato de sus posiciones militares en Adén y con la adopción de medidas militares para garantizar la libertad de acceso hacia unas posiciones que para el régimen republicano del Yemen representan un gran peligro: la posibilidad de que también por ese lado, de la misma manera que ha sucedido largamente a través de la frontera de la Arabia Saudí, sigan pasando armas, municiones y abastecimientos para las tribus monárquicas que hacen difícil, cuando menos, la consolidación de un orden revolucionario con tenden-

cia constante a la radicalización, a estrechar los contactos con el comunismo, el soviético sobre todo, que es el que se encuentra por ahora en condiciones más favorables para la prestación de una ayuda activa, con frecuencia a través de la R. A. U.

Ante una situación así, cada día un poco más amenazadora, más alarmante, a Inglaterra le parece incomprensible la actitud de los Estados Unidos.

Ayuda norteamericana a Nasser.

Se ha llegado al punto, cosa nada infrecuente en situaciones así o parecidas, de considerar ruinoso, quizá suicida, la actitud de los Estados Unidos. Inglaterra no comprende cómo se le puede negar una ayuda a la que estima tener derecho no sólo en calidad de nación aliada y amiga de los Estados Unidos, sino porque eso y no otra cosa aconsejaría un espíritu propio de conservación. Si, como consecuencia de ese estado de desvalimiento en que se encuentra Inglaterra, acentuado a causa de la ayuda que recibe el nacionalismo árabe, se acabase haciendo inevitable una evacuación completa que hubiese de ir seguida del abandono también de los grandes intereses británicos por la región, la posición de los intereses norteamericanos que aspiran a ocupar posiciones de absoluto monopolio por el Oriente Merio, ¿sería mejor o peor que en la actualidad?

La contestación parece fácil. En el pasado, todos los procesos de esta clase han ido a parar, antes o después, a un mismo punto: el de la liquidación definitiva de unos intereses cuyo origen ha sido, por lo menos, colonialista. Aun en el caso, como se ha dado con frecuencia por el lado de los Estados Unidos, de no tener la contrapartida de una posesión actual del terreno donde se han conseguido concesiones para la explotación de determinados recursos. A la retirada de Inglaterra del Oriente Medio seguiría, en circunstancias normales, un gran fortalecimiento del nacionalismo árabe y, en definitiva, un grande, más que proporcional, debilitamiento de los intereses y concesiones de cualquier otra potencia extranjera, en este caso los Estados Unidos.

A la larga, los Estados Unidos acabarían pagando cara una actitud de indiferencia o de algo peor, de negativa a responder, favorablemente y con prisa, a peticiones como las que hizo en Washington el ministro de Asuntos Exteriores inglés, Mr. Butler. Pretendía no sólo que el Gobierno norteamericano dejase de prestar ayuda a Nasser—en el año de 1963 había subido a

52 millones de dólares en préstamos y donativos y al equivalente de 140 millones de dólares más para la compra, pagada en moneda egipcia, de cantidades importantes de alimentos, trigo especialmente, de acuerdo con el programa especial norteamericano de «viveres para la paz», la mayor parte de los cuales, el equivalente de 120 millones de dólares, se destinó inmediatamente a la concesión de empréstitos para hacer inversiones en Egipto—, sino que aplicase también la mayor presión posible, con objeto de convencerle a que dejase, por su lado, de actuar con tanta fuerza y decisión contra los intereses británicos en el Oriente Medio. Inglaterra pretendía, ante todo, que se obligase a Nasser a retirar a las fuerzas armadas que tenía en el Yemen, que se llegaron a calcular en unos 40.000 soldados. Sólo de esta manera se podría crear una sensación de estabilidad que hiciese posible la resolución del problema del Yemen en condiciones menos desfavorables para la Gran Bretaña y, a la larga, para los Estados Unidos también.

Pero los Estados Unidos, que no acaban de comprender cómo Inglaterra solicitaba el abandono de la ayuda norteamericana a Egipto en los mismos momentos en que Washington se encontraba ejerciendo fuerte presión sobre el Gobierno de Londres, para que se dejase de comerciar con el Gobierno de La Habana en cosas de tanta importancia como medios de transporte, insistieron en continuar adelante como hasta entonces. Un comportamiento distinto sería peor que contraproducente: exasperaría a un nacionalismo que para los Estados Unidos era, seguía siendo, la mejor garantía de que el comunismo no encontraría, al fin, un ambiente favorable para la región.

Unas perspectivas desoladoras.

Cómo, a la luz de lo ya sucedido, había Inglaterra decidido hacer una petición semejante a los Estados Unidos, es algo que al importante semanario *The Economist*, de Londres, le parecía incomprensible. «Los amigos—comentaba—no debieran pedirse unos a otros ayudas que es obligado negar. Y sería menos prudente todavía reforzar el caso de uno al dar conocimiento público y por adelantado de que se iba a hacer semejante petición. A pesar de todo, Mr. Butler, que pudiera parecer el menos indicado para ello, parece haber recurrido a semejante y torpe maniobra.»

Con todo lo que había pasado, en particular desde octubre de 1956 hasta la fecha, con todo lo que estaba pasando y, en fin, con la exposición ante el Consejo Ministerial de la C. E. N. T. O., la Organización del Tratado Central

o del Oriente Medio, que entonces estaba reunido en Washington, en el sentido de que por la región no parecía existir ya el peligro de la presión ejercida desde fuera (desde el lado del mundo comunista, por supuesto), únicamente el peligro que ofrecía una situación de inestabilidad interna, ¿era posible que Inglaterra pidiese a los Estados Unidos la suspensión de la ayuda que se prestaba a Nasser? Una ayuda que, por otra parte, ya iba camino de la reducción, contra el deseo del Gobierno norteamericano, a causa de ser mucho menores los créditos concedidos para el Congreso con estos fines. En los momentos en que se anunciaban nuevas e importante ayudas adicionales de la Unión Soviética a la R. A. U., a Argelia, a otros países árabes, ¿podían los Estados Unidos aceptar lo que Inglaterra pedía, es más, en aquellas circunstancias?

Los Estados Unidos contemplaban la situación desde otro punto de vista, sin duda. Desde el punto de vista que parecía insistir en que había sido desastroso lo que Inglaterra y Francia habían intentado hacer en 1956 y que sería ruinoso cualquier otro ensayo por repetir, aun cuando fuese en escala más reducida, análogas experiencias. Comentaba *The Economist*: «Sería una perspectiva desoladora el que Inglaterra, después de las pruebas y traumas del embrollo del Canal de Suez en 1956, fuese de nuevo a verse envuelta en una guerra privada con Nasser. Dada la circunstancia de que los egipcios ven todavía a los dirigentes conservadores como los hombres de Suez y con los lunares en el mismo sitio, uno puede aún preguntarse por qué Inglaterra ha de ser el blanco fijo para los cañones de El Cairo, mientras los Estados Unidos, que en un tiempo fueron por lo menos tan vulnerables, han podido recuperar la libertad de iniciativa y de movimiento. Dicho de otro modo, ¿tiene Inglaterra intereses tan obligatorios en el Oriente Medio que no son compartidos por los Estados Unidos, y si es así, por qué? O, por otra parte, y en el caso de ser así, ¿lleva Inglaterra, en este mundo tan injusto, y por sí sola la carga de una política conjunta anglonorteamericana?»

Lo que hay detrás de preguntas así se comprende cuando se tienen en cuenta cosas como la mucha, porfiada, insistencia de los Estados Unidos en que Inglaterra defienda a toda costa sus intereses contractuales en Libia, por el otro extremo del Oriente Medio, al que en estos tiempos se da dado una latitud un tanto excesiva, porque al hacerlo defiende, en realidad y exclusivamente, los intereses de los Estados Unidos. Si la Gran Bretaña cediese ante las presiones, cada día más fuertes, más insistentes, del mundo árabe, de Egipto sobre todo, porque se retire y abandone todas las posiciones que aún ocupa:

por el Oriente Medio, ¿qué iba a ser de la inmensa base de Wheelus, uno de los principales puntos de apoyo estratégico de la política cuya manifestación más clara es la VI Flota norteamericana, estacionada de una manera permanente en el Mediterráneo, en un mar que durante los tiempos de la «Línea de la vida» que pasaba por el Canal de Suez había llegado a convertirse en poco más que un lago británico?

Cuando se ve el problema, la situación del Oriente Medio en general, en toda su extensión, desde Adén hasta Trípoli, desde las explotaciones petrolíferas del Irán hasta las prospecciones del Yemen, donde ya han metido las narices los rusos, se empieza a comprender por qué en la visita de Jruschef a Egipto, para celebrar la terminación de la primera fase de una de las obras de ingeniería más fantásticas del mundo, lo que menos se juega, por ahora, es la influencia china o soviética, la preponderancia de una sobre la otra, por el continente africano.

¿Qué importa, ante el temor—la posibilidad—de que Inglaterra sea echada de todo el mundo árabe y que a consecuencia de ello los intereses norteamericanos acaben en situación de tal debilidad que hayan de emprender también el repliegue, sin pasar mucho tiempo, que suba o baje la influencia de China en la Somalia o en Argelia? Lo que realmente importa, lo que tiene una verdadera significación es la penetración progresiva de la influencia —y los intereses—de la Unión Soviética por el Oriente Medio, por Egipto y otros países árabes, hasta salirse de la región y desparramándose por el Oeste hasta llegar a Argelia. Y de esto, el gran testimonio, por ahora de características inconfundibles, es esa primera visita de Jruschef al valle del Nilo.

Lo realmente significativo aquí es que los Estados Unidos se van quedando solos como representación del Occidente por Oriente Medio y que es muy poco simpática la impresión que vienen produciendo, especialmente desde 1948, con la creación del Estado de Israel, que Nasser considera como el instrumento ciego del imperialismo británico y norteamericano por la región, y desde 1956, cuando los Estados Unidos, a través de Mr. John Foster Dulles, anunciaron la retirada de la ayuda que habían ya concedido, conjuntamente con Inglaterra y posiblemente Francia también, para la construcción de la gran presa de Assuán.

Pero los Estados Unidos parecen tener todavía el decidido propósito de quedarse solos como la representación del Occidente en el Oriente Medio. Hay un indicio más en esa falta de colaboración con Inglaterra, con miras a reducir un poco la tremenda presión del nacionalismo árabe. Con las explo-

taciones petrolíferas en tierras extranjeras viene pasando algo parecido a lo que acaba sucediendo siempre cuando una pandilla de ladrones se pone a repartir el botín de lo producido por el último golpe.

Es posible que haya quien se dé cuenta ya de que la posición se va tornando más quebradiza a medida que se va haciendo más exclusiva. Los Estados Unidos se han visto en la necesidad de ir devolviendo a la Arabia Saudí, la nación que sigue empeñada en luchar contra el régimen republicano del Yemen que ha sido reconocido por los Estados Unidos, cientos de miles de kilómetros cuadrados en los que habían obtenido derechos exclusivos de prospección. Aquí, como en Venezuela, los movimientos de recuperación de los derechos de que se había hecho cesión en otros tiempos—un proceso de nacionalización—, ganan fuerza con cada victoria adicional y lo que se podría traducir en quebranto para Inglaterra, apenas podría conducir a otra cosa que un acortamiento mayor de los plazos de explotación concedidos a otras potencias. En el mismo programa de aceleramiento afanoso de la extracción de petróleo de los pozos ya en explotación en la Arabia Saudí hay algo así como indicios de impaciencia por sacar lo antes posible, antes de que se hayan de abandonar las concesiones, más y más millones de toneladas de ese codiciado oro negro. Se teme que por la Arabia, como por Argelia, nada parece ser tan dudoso como el futuro de las concesiones petrolíferas.

Nasser dijo un día que, después de todo, «los árabes no pueden beberse el petróleo». Quería congraciarse, en un momento en que le parecía conveniente, con los ingleses y hasta con los norteamericanos, con quienes, en el fondo, pudiera acabar llevándose peor todavía que con los ingleses. Pero hoy, después de la visita de Jrusciov a Egipto, ya no se puede ignorar por más tiempo lo que viene siendo una realidad creciente desde hace años: que si los árabes no tienen sed bastante para beber tanto petróleo, es más que probable que la tengan los rusos.

JAJME MENENDEZ.